

3

VIVIR COMO HERMANOS

Martes, 14 de julio de 2020

Meditación de la mañana



Oración inicial

*Padre,
hoy quiero pedirte
por mis hermanos y hermanas
que están haciendo los Ejercicios Espirituales conmigo
en este 150 aniversario de la muerte
de san Antonio María Claret.*

Meditación 3: Vivir como hermanos

*Tú los conoces personalmente:
conoces su nombre y su apellido,
sus virtudes y sus defectos,
sus alegrías y sus penas,
su fortaleza y su debilidad,
sabes toda su historia;
los aceptas como son
y los vivificas con tu Espíritu.
Tú, Señor, los amas,
no porque sean buenos,
sino porque son hijos e hijas tuyos.
Enséñame a quererlos de verdad,
a imitación de Jesucristo,
no por sus palabras o por sus obras
sino por ellos mismos,
descubriendo en cada uno,
especialmente en los más débiles,
el misterio de tu amor infinito.
Te doy gracias, Padre,
porque me has dado hermanos y hermanas.
Todos son un regalo para mí,
un verdadero sacramento,
signo sensible y eficaz
de la presencia de tu Hijo.
Dame la mirada de Jesús
para contemplarlos,
y dame su corazón
para amarlos hasta el extremo;
porque también yo quiero ser,
para cada uno de ellos,
sacramento vivo de la presencia de Jesús.
Amén.*

1. Petición al Señor

Señor, concédeme experimentar hoy que todos los hombres y mujeres son mis hermanos y hermanas para que, de este modo, contribuya a edificar un mundo justo, fraterno y solidario como Jesús nos enseñó.

2. Puntos para la meditación

En este segundo día de Ejercicios Espirituales nos centramos en la segunda de las relaciones que configuran nuestra vida: *la relación con los demás hombres y mujeres*. Queremos experimentar que todos los que tenemos un mismo Padre **somos hermanos y hermanas**, llamados a vivir un nuevo tipo de relaciones que no se basan en la competitividad, la envidia o la exclusión, sino en el reconocimiento, el respeto, la justicia y el amor mutuo.

2.1. Vivir como hermanos

Suena a tópico decir que vivimos en **sociedades muy competitivas y excluyentes**, pero hay muchos indicadores que lo confirman. La *espiritualidad de la liberación* ha denunciado con mucha clarividencia las causas y las consecuencias desastrosas que se derivan del imperio de los más fuertes sobre los débiles. Tendemos a creer –porque así nos lo inculca la publicidad de nuestras sociedades consumistas– que la lucha por el triunfo y el

dominio favorece el desarrollo de las personas y de los pueblos, cuando, en realidad, **lo que produce es ansiedad y exclusión**. Nuestras modernas metrópolis son el escenario de esta lucha por la supervivencia. La superpoblación del planeta acentúa la carrera por hacerse con el control de las materias primas necesarias para el desarrollo. El mundo más parece a veces una jungla que una familia. Es probable que la pandemia de *Covid-19* acentúe todavía más la tendencia al “sálvese quien pueda”.

Frente al principio del “*homo homini lupus*” (el ser humano es un lobo para el ser humano) –que se manifiesta desde el ámbito académico hasta el empresarial y el militar– nuestra fe nos ayuda a descubrir y vivir la novedad que Jesús trajo: “*homo homini frater et soror*” (el ser humano es un hermano o una hermana para el ser humano). **Todos los seres humanos son nuestros hermanos y hermanas porque todos tenemos un Padre común** (cf. *Mt 23, 8-9*). Lo que en otros tiempos podría haber sonado como una mera exhortación piadosa, hoy, en el contexto de las luchas por la supervivencia (pensemos en el doloroso fenómeno de los emigrantes, desplazados, refugiados, etc.), constituye una afirmación revolucionaria.

La espiritualidad cristiana nos ayuda a **vivir la alteridad en clave de fraternidad y sororidad**, pero sin dejarnos deslumbrar por propuestas quiméricas que no se hacen cargo de la complejidad de las relaciones humanas a todos los niveles. Por eso, el evangelio nos revela que, en las difíciles condiciones históricas, **la**

fraternidad se construye siempre sobre la base del perdón; en otras palabras, que no existe una fraternidad perfecta, que vamos hasciéndonos hermanos. Las “*setenta veces siete*” (cf. *Mt 18,22*) que, según Jesús, tenemos que perdonar al hermano nos hablan de una fraternidad en clave de reconciliación. Aquí encuentra nuestra espiritualidad misionera otro campo de desarrollo. Somos hermanos y, por eso mismo, “*artesanos de reconciliación*”, comenzando por el ámbito de nuestras propias comunidades y familias. En realidad, **somos hermanos y hermanas que están siempre aprendiendo a serlo con más autenticidad.**

Si hay algo que emociona en las crónicas de los últimos días de nuestro Fundador en el monasterio de Fontfroide es la solicitud fraterna con la que fue cuidado por los monjes cistercienses y también por algunos claretianos que lo acompañaban. Es como si en el momento postrero hubiera vivido la misma experiencia comunitaria que vivió al comienzo de la Congregación o en los años de Cuba. **Claret fue un arzobispo desterrado, pero no un misionero abandonado.** El P. Clotet, en sus detalladísimas cartas al P. Xifré, da buena cuenta de ello:

“Nada le digo a V. del esmero con que es servido por estos religiosos, imágenes vivas del grande Abad de Claraval, el Padre y Doctor de la Iglesia San Bernardo 21. V. lo ha visto. ¡Qué interés! ¡Qué caridad! ¡Qué prudencia! Aquí se aprende a cuidar de los enfermos”

(Carta del P. Clotet al P. Xifré del 14 de octubre de 1870).

A pesar de morir fuera de la comunidad, el P. Fundador experimentó en carne propia **la fraternidad que ha caracterizado la espiritualidad claretiana desde el principio**. Nacimos como comunidad de hermanos. Por más que hoy experimentamos muchos cambios en la forma de entender la vida comunitaria, no podemos vivir la filiación divina desgajada de la fraternidad, ni podemos ser misioneros a modo de francotiradores. El XXIV Capítulo General de los Misioneros Claretianos lo recordaba así:

“Un Hijo del Inmaculado Corazón de María no sigue a Jesús en solitario sino como miembro de la Congregación, nueva familia carismática suscitada por el Espíritu en la Iglesia (cf. CC 4, 10). Porque somos hijos somos también hermanos, convocados a compartir el mismo proyecto de vida evangélica. La gracia “que nos ha alcanzado y congrega” está llamada a ser “el principio que organice y articule todas nuestras ilusiones, aspiraciones y proyectos” (cf. MCH 126,133). Por eso, aunque vivimos inmersos en una red de pertenencias múltiples (familiares, sociales y eclesiales), nuestra pertenencia a Cristo, expresada en la vocación que compartimos en la Congregación, tiene la primacía sobre todas” (HAC 28).

Entre nuestros rasgos carismáticos, el XXV Capítulo General subraya también nuestra vocación de

“*misioneros en comunidad*” (MS 46-48) e incluso diseña un proceso de transformación que titula “*siendo testigos y mensajeros en comunidad*” (MS 69-72). Nuestra manera de vivir la fraternidad es hacer de nuestras comunidades **casas y escuelas de comunión** que den testimonio de la primacía de Dios y sean ellas mismas anuncio del Evangelio (cf. MS 70). Quizá, en el contexto actual, no hay acción evangelizadora más creíble que el testimonio de una comunidad misionera en la que hermanos (o hermanas) de distintas edades, procedencias y mentalidades, se aceptan, se ayudan, se perdonan y trabajan juntos por crecer en fraternidad. **La “obligada vía de la interculturalidad” (Aquilino Bocos) es hoy el rostro más visible y profético de fraternidad en un mundo globalizado** en el que las discriminaciones y exclusiones están a la orden del día.

2.2. Una historia elocuente

En África siempre se aprende mucho. Como los africanos son grandes *story-tellers* (cuentahistorias), me gusta escucharlos en conversaciones interminables. Hace un par de años, hablando con un misionero guineano de más de 70 años, supe que **en la etnia fang hay seis tipos de hermanos**. En otras palabras, que cuando alguien llama *hermano* a otra persona no usa el término de manera unívoca sino análoga. Esto puede despistar mucho a los europeos y americanos, pero, al mismo tiempo ayuda a entender mejor la Biblia. La primera categoría de

hermanos se aplica a **los nacidos del mismo padre y de la misma madre**. Este suele ser el concepto biológico que se maneja en Europa. En la segunda categoría entran **los nacidos del mismo padre** (tengamos en cuenta el contexto polígamo de la cultura *fang*). La tercera categoría la forman **los nacidos de la misma madre**. La cuarta engloba a **todos aquellos que tienen el mismo abuelo** (o sea, a los que nosotros solemos llamar *primos*). La quinta se aplica a **los pertenecientes a la misma tribu**. Y, por último, la sexta se refiere a **los miembros de la misma casa**.

Para ver la similitud con la cultura judía, conviene recordar que Jesús de Nazaret pertenecía a la *tribu* de Juda y a la *casa* de David. La tribu es un concepto más amplio que la casa. Con este trasfondo, se entiende un poco mejor la referencia que los evangelios hacen a los “hermanos” de Jesús. No se trata necesariamente de hermanos biológicos (en el sentido de la primera categoría). Puede entenderse en un sentido mucho más amplio.

Esta forma de articular el parentesco fraternal se está introduciendo en Occidente con la proliferación de segundos y terceros matrimonios y con los nuevos modelos de agrupaciones familiares. Un niño puede tener *hermanos* del mismo padre y de la misma madre biológicos. Pero también puede tener como *hermanos* a los hijos tenidos en anteriores relaciones por cualquiera de sus progenitores. O a los *hermanos* producidos por gestación subrogada, etc. **Las posibilidades de “fraternidad” y**

de “sororidad” se están multiplicando. Al final, el término *brother* va a significar simplemente colega, compañero de casa, etc., como sucede en el seno de muchas tribus juveniles urbanas.

El concepto de “hermano” o “hermana” está sufriendo muchas transformaciones de las cuales no siempre somos conscientes. Es lógico que afecte de manera decisiva al uso que de esta misma palabra hacemos en contexto cristiano. Cuando el predicador de turno comienza su homilía dominical con el consabido “*Queridos hermanos y hermanas*”, ¿qué está queriendo decir? ¿Está aludiendo a alguna de las seis categorías de la cultura *fang* o a una nueva, completamente irreductible a las anteriores?

El problema no es de hoy. Se plantea en las primitivas comunidades cristianas. Por eso, **el evangelio pone en labios de Jesús la respuesta a esta situación**. Vale la pena recordar el texto completo: “*Llegaron su madre y sus hermanos, se detuvieron fuera y lo mandaron llamar. La gente estaba sentada en torno a él y le dijeron: —Mira, tu madre y tus hermanos [y hermanas] están fuera y te buscan. Él les respondió: — ¿Quién es mi madre y [mis] hermanos? Y mirando a los que estaban sentados en círculo alrededor de él, dijo: — Mirad, éstos son mi madre y mis hermanos. [Porque] el que haga la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre*” (Mc 3,31-35).

Jesús supera las clasificaciones de la cultura judía. La verdadera fraternidad, la típica del reino de Dios, no se corresponde con ninguna de las categorías culturales a las que estamos acostumbrados: ni con las antiguas, ni con las modernas. **Nos convertimos en “hermanos” y “hermanas” cuando escuchamos la Palabra de Dios y nos esforzamos por practicarla.** ¿No ilumina esta visión de Jesús muchos de los problemas que hoy estamos viviendo a propósito de conflictos étnicos y tribales, identidades nacionales, patrimonios culturales, etc.? ¿Dónde está el centro? ¿Dónde está la novedad revolucionaria de Jesús? ¿O preferimos seguir con los esquemas de siempre?

2.3. La gracia de un mundo fraterno

La alteridad se vive abierta también a las macro-relaciones. Hoy, en este primer cuarto del siglo XXI, los seres humanos hemos tomado conciencia de que estamos imbricados unos y otros, de que **no hay futuro sin colaboración.** Por más que la pandemia haya puesto entre paréntesis algunas realidades, los intercambios comerciales y culturales, los organismos de ámbito supranacional, las posibilidades brindadas por Internet son algunos indicadores que nos hablan de **que estamos viviendo una cultura planetaria.** Se trata, evidentemente, de un hecho ambiguo, puesto que esta cultura no es el resultado de un fecundo diálogo intercultural, sino, más bien, del predominio de algunos modelos.

¿Qué puede aportar la experiencia cristiana? No, ciertamente, una solución *técnica* a los muchos problemas que hoy tenemos, pero sí una “**experiencia de encuentro**” que puede estimular la tarea. La fraternidad cristiana es una expresión en miniatura del mundo al que aspiramos.

- En primer lugar, la fe atestigua que **el proyecto de Dios sobre la humanidad es un proyecto de unión**. La muerte de Cristo ha derribado todos los muros de separación y de odio, “*ha hecho de los dos pueblos uno solo*” (Ef 2,14). Babel no es ya el símbolo de la realidad. Donde hay división no está Dios. Se abre paso Pentecostés (cf. Hch 2,1-13). Decir esto es afirmar que en los esfuerzos por lograr que “*todos sean uno*” (Jn 17,21), el ser humano no se encuentra abandonado a sus solas fuerzas, que está impulsado por el Espíritu concedido, que es un Espíritu de unidad.
- **El modelo de esta tarea es la vida trinitaria**. Solo desde el amor se puede vivir a un tiempo la unidad y la diversidad. La fe cristiana recuerda (y realiza) que en el esfuerzo por construir una humanidad nueva es preciso salvar el *polo universal* (frente a los nacionalismos estrechos y a los intereses egoístas de grupo) y el *polo local* (frente a los totalitarismos culturales y a los intentos igualitaristas y uniformistas).
- En la situación actual, la construcción de la familia humana pasa por la creación de un **nuevo orden económico internacional** (basado en la solidaridad y no en la explotación, la dependencia permanente o la globalización descontrolada), por el impulso a una **cultura de paz** (que asegure la resolución de los conflictos mediante el diálogo y no mediante el recurso a las armas), por la “**conversión ecológica**” (que asegure la pervivencia del planeta como hogar de todos) y por una **potenciación del policentrismo cultural** (que garantice el derecho de todos a expresar sus valores y tradiciones desde la incomparabilidad y aprecio de las culturas).

3. Pistas para el tiempo personal

1. Puedes comenzar recitando lentamente la *Oración por mis hermanos y hermanas* (pp. 1-2).
2. Tómate un tiempo para examinar hasta qué punto el virus del **homo homini lupus** ha infectado tu manera de vivir las relaciones con los demás:
 - ¿A qué personas de tu familia, comunidad o entorno ignoras por completo, las has convertido en *extrañas*?
 - ¿Qué personas crees que son tus *competidores*, que te quitan oportunidades en la vida?
 - ¿Hay algunas personas que te hacen sentir *inferior* o con las que tú te comportas como *superior*?
 - ¿Quiénes son los “*apestados*” a los que tiendes a marginar en tu vida ordinaria?
 - ¿Crees que tienes *enemigos*? ¿Quiénes son? ¿Cómo reaccionas ante ellos?
3. Recuerda algunas **experiencias hermosas de verdadera fraternidad** (*homo homini frater et soror*).
 - ¿Qué elementos las hacían hermosas?
 - ¿Qué has aprendido de ellas?
4. Puedes dedicar un tiempo a meditar una vez más el texto de **Mt 25,31-46** (*homo homini Christus*). Pídele al Espíritu que te ayude a descubrir lo que Dios quiere decirte hoy.
 - ¿En qué personas te resulta más fácil ver el rostro de Cristo?
 - ¿Sientes alguna llamada interior a descubrir a Cristo en algunas personas a las que tal vez no prestas mucha atención?
5. **Ora a partir del examen que has realizado.** Preséntale al Señor las personas que forman parte de tu mundo relacional.

Gonzalo Fernández Sanz, CMF